

Carolina Bugnone

HASTA LAS SEIS HAY TIEMPO

milena caserola
El 8vo. LOCO
Ediciones

Contacto con el autor:
carolbugnone@gmail.com

Coordinación general del proyecto
Ana Ojeda / Nicolás Correa / Marcos Almada
exposiciondelaactual@gmail.com

Curador del volumen:
Nicolás Correa

Coordinación gráfica
Laura Ojeda Bär
laura.ojeda.bar@gmail.com
laura-o.tumblr.com

Producción
Matías Reck
losreck@hotmail.com

www.exposiciondelaactual.blogspot.com

HUMO

Apaga el cigarrillo en el momento en el que prende el siguiente. Pálido, no está comiendo bien y se nota en la cara y en los huesos que quieren asomar desmedidos. Tampoco duerme demasiado. Le gusta lo oscuro, pero esto se le está poniendo negro azabache. Ella se hizo humo justo cuando más la necesitaba y últimamente había reparado en eso: la necesitaba.

A veces para no morirse, a veces para tener el mejor sexo que podía esperar en esos tiempos, a veces para leerla,

para hablarle, otras para que le hiciera una pizza casera.

Lo cierto es que su falta no le hacía la más mínima gracia, y en el medio de eso las otras faltas se magnificaban y entonces se comían todo, lo que había, lo que no había, lo que podría haber. Ahuecado de faltas sólo restaba intoxicarse. Así se mentía un rato más, hasta que el agujero y la falta le crecían de nuevo y se iba todo al carajo.

Ahora se hunde en los libros y deja que las palabras lo atormenten, total no podría estar más atormentado. Solamente ese oasis y el de escribir le dan un margen de aire. Que pronto sofoca con el próximo cigarrillo. Y el rostro de la mujer de humo otra vez.

Mientras el círculo recomienza a cada rato, hay otra que lo mira y él aún no la vio. La vio, pero no la vio. Salió de la nada, como las cosas que

no importan, y no entiende qué pero algo vio en él. Mientras apaga otro cigarrillo, ella mira curiosa sus gestos, sabe que su mirada lo ataca y no le importa quedar al descubierto. Porque ella sí que se las arregla con las faltas, algo hace, lo que sea pero algo hace. Y ahora lo que hace es mirarlo. Le dice *¿qué onda?* vestida de informalidad y deseo. Y él, no la ve.

Porque en su cabeza el hueco es enorme y el alma viene agitada y reniega desde hace tiempo. Y ella insiste un poco, porque sabe lo que quiere y lo que quiere es a él, y además tiene que hacer algo con su propia falta. Y pide otra cerveza y lo mira servir, esas manos huesudas y blancas y ese descuido notorio en el aspecto que deja en evidencia el mal sueño y la bronca hacia adentro. Ella sospecha que una mujer se le fue, pero como a ella también se

le fue un hombre, poco repara en el detalle.

Se encontraron dos faltantes. A unir las faltas a ver qué sale, y se ríe. Porque al humor no lo pierde. A él le parece tan rara esta mujer que sonríe tanto y mueve sus labios como si fueran oleajes y lo mira como si no le fuera a quedar otra mirada en la vida.

Lo incomoda y le gusta a la vez, pero aún no la vio. Y como él la deja pasar, le habla pero no la ve y el humo se le cuela hasta por las orejas, ella se rinde.

Y él, que nunca la tuvo, la pierde.

EL COSITO

Hace calor. Emilia camina despacio como si le tiraran de los pantalones hacia abajo, desde el fondo del fondo de la vereda. Casi que se arrastra. Transpira.

Son las dos de la tarde en Concepción del Uruguay, es diciembre, sábado, no fue al balneario municipal ni al Pelay, nada de playa. Si apenas puede caminar con mediana coherencia por la placita Columna. Pasa frente al Sagrado Corazón, no se persigna, cruza la calle, se sienta en un banco.

Está vacía por suerte, un día como

hoy a esta hora no hay ninguna madre o tío o niñera con los nenes en los juegos. Eso piensa, menos mal porque no quería ver a nadie.

Lleva la botella de agua en la mano y tiene puestos los auriculares del celular, viene escuchando Los Ratones Paranoicos, "Yo quiero verla en el show...". Un tema viejísimo que conoció por Juan, su hermano mayor que ahora tiene como treinta, podría ser mi papá, piensa. Bah, si me hubiera tenido a los quince.

Porque Emilia tiene quince y se muere de calor con esos jeans, hay treinta y ocho grados a la sombra y de térmica cuarenta, no hay aire para respirar en ningún lado. Pero ni loca se pone shorts o pollera corta, nada, no soporta mostrar las piernas, no soporta sus piernas, no se soporta. Y no es que sea gorda, más bien lo contrario, no sopor-

ta su flacura pálida y poco femenina, sus huesos contundentes y su altura excedida. Ni su cara larga y blanca, sus ojos color miel y su boca finita de labios apretados que se abre con felicidad cuando larga la carcajada y se cierra con crueldad cuando prefiere callarse.

Emilia anda contra sí misma, falta a la escuela demasiado seguido, se lleva varias materias a marzo y siempre le queda alguna previa.

El papá putea, la putea. Carlos es un tipo grande para ser su papá, tiene cincuenta y nueve y bastante que crió a Juan, ya no tiene ganas de remar la cosa con la nena. Al menos antes, de a dos, era más fácil.

Susana se murió hace dos años, cuando Emilia tenía trece. Se la llevó por delante un camión en la ruta catorce, a cien kilómetros de Concep-

ción. Uno de esos camiones que van a Brasil por la ruta del Mercosur, los Scania que corren y pasan y hacen finito y se burlan despiadadamente del límite de velocidad. Bueno, uno de esos. Le pasó por encima al Flecha que venía de Buenos Aires, le destruyó toda la parte izquierda, volcaron y Susana murió aplastada en el acto. Salió en Crónica.

Menos mal que no sufrió, se hartó de escuchar Emilia en el velorio y el entierro, pero nunca les contestó nada. En realidad les aliviaba tener palabras para llenar, porque convengamos que es complicado decir algo que no sea una estupidez en un velorio de una mujer de cuarenta y siete años, con la nena de trece ahí, escuchando.

Así que a los ponchazos, entre Juan y Carlos, Emilia se fue asomando a la pubertad, el secundario, las salidas, el

cuerpo, la cerveza, el amor/desamor, las broncas y la ausencia.

Toma otro trago de agua y aprieta un cosito que tiene en la mano, se le está empapando de transpiración.

Termina el tema y empieza “Carolina… ya no hay tiempo para mí…”. La canciones de Juan.

Suena el celular, el mensaje de texto le dice “flaca ahí llego”, es Fede.

En la billetera tiene la foto de Susana y ella de bebé y otra con Fede en La Salamanca, en el medio del parque, al lado del monumento a las manos, se ve el río desde donde la sacaron. Ella está subida a caballito y matándose de risa, él se hace el gracioso y salió bizco y bocón.

Él tiene dieciséis. Ella va al Colegio Nacional y él a la Técnica. Hace un año que salen.

Fede nunca estuvo enamorado hasta

la Flaca. Ella sí, vivía enamorada, pero nunca había estado así, de novia.

Andan de la mano, van a la Plaza Ramírez, toman helados de la heladería Uruguay y no se pierden los recitales en El Arca.

La mamá de Fede cree que tiene que suplir a Susana, entonces se ocupa de ella y la quiere como a otra hija. Emilia se da cuenta y también la quiere. Y a veces la odia, porque ella está y su mamá no.

Emilia mira para todos lados y Fede llega.

Le da un beso largo y la aprieta fuerte. Hace bocha que te estaba esperando. Y bueno es que mi vieja me pidió que vaya al almacén. Calzonudo.

Ella le da el cosito, apretado, mojado.

Él lo agarra temblando, no le alcanza la saliva para tragar, no le alcanza el

aire para no ahogarse, no le alcanza la sangre para mantenerse vivo.

Ella mira al cosito, después a él, después de nuevo al cosito y otra vez a él. Le da un poco de risa su cara de espanto, nunca lo vio así. Le da esa risa prohibida, como reírse en un velorio, como reírse cuando alguien se siente mal y pone una cara rara.

Pero se la aguanta, no da para reírse, piensa.

Fede está a punto de llorar.

No, no da.

Mira de nuevo al cosito en la mano de él pálida y desorientada.

A pesar de la humedad, las dos rayitas no se le borran.

* * *

Le duele la panza, arriba, en la boca del estómago. Tiene ganas de vomitar y se pone blanca blanca. Carlos apoya

la mano en su hombro y cada tanto lo aprieta, son sus precarias muestras físicas de cariño.

Emilia mira con desconfianza y taquicardia, reconoce la puerta de un baño, entra rápidamente y emboca el líquido en el inodoro con el tiempo justo, apenas llega.

Vomita nada, agua amarillenta, si tiene el estómago vacío. Carlos se queda detrás de la puerta. ¿Estás bien? Sí. Pero no está bien.

Vuelve a la sala de espera y una señora morocha y petisa vestida de enfermera, con ojeras inconmensurables y agobio en la mirada, la hace pasar.

Ella mira por una ventanita alta sobre la pared que tiene enfrente, mientras se sienta en un banco que hay junto a la camilla. Justo se ven unas ramas y el techo de la casa contigua. Es una casa elegante y parece reciclada; un pe-

rro chiquito y blanco, de ésos molestos y nerviosos, asoma por la terraza y ladra desde hace rato.

El ventilador de techo hace más ruido que viento.

Se fija en el celular, la mamá de Fede le avisa en un mensaje de texto que en diez minutos llega.

Y ahí está ella, desplomada con el corazón afuera, el estómago destrozado, el útero listo, la cara lívida, el papá al lado y la foto de la mamá en el bolsillo derecho del jean, medio arrugada contra un pañuelo descartable usado.

* * *

Emilia camina lento, como si le tiraran de los pantalones desde el fondo del fondo de la vereda.

Hace tanto calor en Concepción del Uruguay, no se puede respirar.

Federico la busca en la Plaza Ramí-

rez, frente a la Basílica, bajo la sombra de esos árboles que crecen desde hace cien años.

Se dan un pico, se toman de la mano y caminan despacio por la vereda del Colegio Nacional.

Fede la mira y la mira, ella se cortó el flequillo y le queda lindo aunque la hace más narigona, y se pintó los ojos con delineador negro. Eh, ¿qué mirás? y le pega suave con el puño en el pecho.

Él le agarra la mano, le hace cosquillas, se ríen a las carcajadas justo frente al semáforo de la 9 de julio, mientras la tarde espesa y caliente les empasta las manos.

LA ALCANTARILLA

La alcantarilla del pasillo tira olor a podrido después de las lluvias y en los bordes tiene pegadas porquerías blandas y negras. El Coli siempre come esas cosas, pero bueno, come cucarachas y bichos bolita también, es un asco ese perro. Mamá lo saca a escobazos porque entra corriendo y llena la casa de tierra húmeda y olor, sobre todo en mi cama, el sillón grande del living y la alfombra del baño.

Me acostumbré a pasar corriendo y esquivarla al mismo tiempo, cuando la

pierna derecha se estira y está a punto de caerse por el agujero cuadrado, hago un revoleo a la izquierda, equilibro con la otra pierna y en un salto calculado sigo corriendo sin meter la pata.

A Pancho, mi hermanito, una vez se le atoró un dedo en la alcantarilla y antes de que se pusiera a chillar hice una cosa rarísima: metí el dedo por el agujero de al lado y le empujé su dedo desde abajo mientras le cantaba a los gritos *Había una vez un bru un brujito que en Bulubú*. El dedo salió enterito y casi sin llorar, medio colorado y después se lo chupó bien chupado hasta el fondo. Abrió la boca como si se estuviera por comer un chupetín y se metió el dedo mientras lo daba vueltas debajo de la lengua. A los costados de la boca tenía una cosa negra que parecía un pedazo de cucaracha con pelos y otra marrón.

Le limpié los cachetes porque si mamá le descubría la mugre se iba a poner loca.

Desde la ventana de mi pieza se ve la alcantarilla, las plantas altas del patio, la cucha del Coli, la mesa de jardín y dos sillas. Me gusta dormir sola en la habitación de arriba, en un lugar lejos de la pieza de mis papás y del hinchapelotas de mi hermano. Ya casi no tengo miedo, no tanto. Tengo pegados en la pared unos posters de Fito Páez y Sting buenísimos, cualquier cosa si me agarra miedo prendo el ventilador que hace mucho ruido, y los miro.

Me secuestré el grabador en mi cuarto y pongo todo el día Ciudad Catrúnica de Viuda e Hijas de Roque Enroll. Ya me sé todas las voces de los coritos, Maby es una genia.

Estoy saliendo de inglés antes de la hora de siempre, la profesora se des-

compuso en medio de la clase. Me gusta inglés, no como a mis compañeros que se la pasan puteando. Papá me tiene podrida, me repite que es importante para el futuro, que no se puede en este mundo de hoy no manejar el inglés, que ya vas a ver cuando seas grande. Igual no es necesario que me lo diga tantas veces, a mí me gusta inglés, me aprendí las letras de The Police, Queen y The Cure.

A The Cure lo conocí por un chico más grande que yo que me gusta pero no le dije a nadie. Toca el piano en los actos del colegio, una vez lo escuché hablar de los Cure. Para hacerme la canchera le pedí que me grabara un cassette con sus temas. Empecé a escucharlos por él y terminé re enamorada de la banda. Y de él, obvio.

Ya son las tres y cuarto de la tarde, llego a casa, mis papás no están. Creo

que está Juana, la chica que limpia y nos cuida a Pancho y a mí “con cama adentro”, como dice ella.

Juana vive con nosotros desde hace tiempo, yo tenía cinco cuando llegó, Pancho no era ni proyecto de hijo. Ella tenía dieciséis.

Es como una hermana mayor pero con responsabilidades, no sé, limpia, cocina, hace compras, tiene sueldo y no tiene madre; allá en su casa, en el campo, las cosas fueron difíciles me contó mi mamá. Acá a veces se cree la dueña de la casa, me reta por pavadas, eso me revienta. Si dejo una remera tirada me manda a que la levante como si ella no dejara la ropa tirada en su pieza.

Ocupa un cuarto en el fondo, al lado del baño “de servicio”. Qué nombre raro “de servicio”, mamá dice que el otro es el “principal”. A Juana le toca el de servicio.

Es re alta y flaca, rubia, de ojos claros, gringa de campo, viene de Pueblo Liebig, un lugar que está a cincuenta kilómetros me dijo. Para mí es linda, habla con tonada cerrada, algunas veces me cuesta entenderle lo que dice, es medio bruta con los movimientos (golpea muebles cuando barre) pero es buena.

Reniega cuando ensuciamos lo que acaba de limpiar, pone Cacho Castaña al máximo en una radio que tiene y friega los pisos con unas ganas... Se ve que le encanta descargar energía así.

Sabemos que tiene dos hermanos y que uno fue a pelear a Malvinas. También que no pudo seguir el secundario por venirse a la ciudad a trabajar. Nos prepara panes con manteca y azúcar y hace unas milanesas espectaculares. Machaca la carne fuerte antes de mojarla en el huevo, le pega unos golpes

que suenan como bombas, tiene fuerza en los brazos la gringa, dice mi papá.

Ya entré a casa con la llave que me dio mamá, es la segunda vez que me la da. Entro la bici por el pasillo, me voy derecho a la cocina. Pancho está durmiendo la siesta, papá y mamá trabajando.

Tiro la mochila en una silla y abro la heladera, me agarra hambre cuando estoy aburrida. Acá hay queso y dulce de batata, acá un cuchillo y un plato, allá hay un ruido raro.

Un gemido, qué es eso. Un gemido.

La tele está apagada, los vecinos callados, eso tiene que venir de mi propia casa. ¿A ver? Más vale ni respiro para escuchar mejor. Otra vez, un gemido corto, como un aire fuerte.

Empiezo a caminar siguiendo lo que oigo, llego a su pieza. El elástico del pantalón de gimnasia me molesta, ya

me está quedando chico. Por la ventana de la cocina entra un calor terrible, miro para el costado, el Coli ladró.

La puerta de la pieza está entreabierta, espío con medio ojo, no me queda otra.

Un señor morocho de rulos se mueve sin parar encima de Juana, le veo el culo y las piernas flexionadas llenas de pelos. Juana también se mueve y le agarra la espalda, las piernas se mueven debajo del tipo, la escuché gemir de nuevo. A la mierda. A la mierda. Le estoy viendo el culo al tipo y a Juana los pies y cómo lo agarra. Le rodea la cabeza, le va a arrancar los rulos, no sé. Él le pasa la mano por todos lados. Me entró una basurita en el ojo.

Salgo corriendo hacia el patio. Tengo que rajar de acá.

Las piernas me llevan hasta el pasillo, no sé dónde tengo los ojos ni la gar-

ganta, la vergüenza me empuja hacia afuera. Estoy corriendo lo más rápido que puedo. Ay, el agujero.

Se me metió el pie izquierdo de lleno en la alcantarilla, ni la vi. Siento el desgarro en el tobillo, dolor adentro y afuera un poco de sangre mezclada con las cosas blandas y negras. Me atraganto con el llanto, el corazón me explota, tengo el alma como colgando del pie.

Estoy escuchando el auto de papá, la llave en la puerta de calle, los pasos hacia la cocina, viene silbando una zamba, el Coli.

Junto el máximo de aire que puedo, abro el pecho para que entre más y más, voy a gritar con todas mis fuerzas. No quiero pensar en qué voy a decir, qué voy a hacer. Y si se despierta Pancho se va a armar un quilombo…

Qué se cree la gringa, que es la due-

ña de casa, que es mi mamá, que puede hacer lo que quiera, qué se cree.

Ya va a ver.

HASTA LAS SEIS HAY TIEMPO

La casa huele raro. Una mezcla de muebles viejos, caldo, jazmines, olla con restos de comida y escape de gas.

En la entrada el reloj de pie rezonga las doce en punto con un rugido grave, el sillón tapizado verde inglés oscuro, la madera también oscura, las cortinas, poca luz en la sala. Desde ahí hacia adelante, la derecha y la izquierda, hay más de tres puertas: rarezas de la construcción. Sobran bisagras y picaportes por todos lados, como si las puertas normales no alcanzaran para imponer-

le orden a las habitaciones, para cerrar unas cosas y abrir otras.

En el comedor principal, los muebles antiguos y oscuros se acentúan y los adornos de plata y los jarrones antiguos, pintados a mano, verdes y etéreos en sus formas redondas y suaves, configuran un espacio atemporal.

Lo primero que impacta es el olor, típico de ése lugar. Lo segundo el reloj. Lo tercero Miriam.

Miriam, la mucama, también es atemporal, imposible afirmar cuántos años tiene. Parece una nena con una sonrisa amplia y un poco tonta, la mirada que atraviesa como a saltos los ojos del interlocutor, la voz finita que casi no se oye. Pero tiene canas, arrugas, la ropa incolora, asexuada, la ausencia de maquillaje, el aliento religioso y extranjero, los preceptos, los no deseos.

En el comedor, a un costado, al lado de la puerta ventana que da al patio, hay dos sillones más y una mesita antigua. Del lado del teléfono se sienta la señora, del lado que mira la puerta (una de las tantas) que da a la cocina se sienta el señor. El televisor de fondo repite un documental sobre animales marinos, el reloj cucú irrumpe con un tono infantil e ilógico, el mate tibio y nunca lavado circula infinito.

Suena una campanita, el sonido que la llama y después la voz ronca del señor *Miriam traiga la cena.*

Miriam tiene todo preparado desde antes, en pocos minutos pone la mesa y trae la comida, también trae su plato para que los señores le den su parte y se lo lleva a la cocina donde cena con incomprensible alegría.

Esa noche es como todas, la luz del baño de los señores se apaga a las diez

y a las once ya no se oye nada más que los ronquidos y las chicharras entre las plantas del patio.

Se mete en su baño, el del lavarropas. Busca el dentífrico, aprieta lo último que queda, se lava los dientes cuidadosamente, hace pis, se cambia el protector diario.

Se pone el camisón rosado con flores blancas, reza a Jehová, pide, agradece, se mira las uñas de las manos, tose con tos seca.

Cuando se mete en la cama son justo las doce y el reloj del hall de entrada lanza su voz de bajo dormido.

Cierra los ojos, respira hondo. Por la persiana entreabierta se escucha el paso de un carro tirado por un caballo joven y un gaucho renegado. Y nada más.

El aire entra en los pulmones con ímpetu como un piedrazo.

La transformación dura apenas tres minutos, lo que tarda el microondas en calentarle la comida a los señores.

Se refriega las alas blancas, estira las patitas y hace palanca para salir volando sobre la cama destendida, convertida en una princesa voladora.

Corta el aire cálido de la noche con los espasmos mínimos del aleteo, atraviesa la ciudad, la veinticinco de mayo, la costanera, el puente, el parque, el río. En el árbol la esperan las flores celestes de los yuyos y el aire atascado de los deseos de los otros.

Vuela salteando las ramas medianas de los sauces, da vueltas entre los pensamientos antiguos y las promesas involuntarias, la magia de lo perdido le indica cuáles son los pasos a seguir.

Los muebles oscuros de la sala tienen más luz que un amanecer de verano, ni hace falta creer en algo, sus

movimientos confirman la existencia de cualquier cosa increíble.

Que no se despierten los señores.

Hasta las seis hay tiempo.

LA ZAPATILLA

Martín no encuentra una de las zapatillas. La pieza está muy desordenada.

Vive en estado de caos, las puertas del placard abiertas dejan caer las remeras y los pantalones mal colgados. La cama destendida esconde entre las sábanas calzoncillos y medias sucias, la almohada en el piso, la ventana cerrada, el olor a cigarrillo y encierro.

Hace seis meses que se mudó solo y todavía le resulta ajeno arreglarse sin la madre y sin el orden de los objetos en la casa.

Son las nueve de la mañana y ya debería estar saliendo del departamento, pero la zapatilla no aparece. Con un pie descalzo va hasta la cocina y calienta el agua en el microondas para un café fuerte y alentador. La cucharita cae al piso, está muy apurado como para agacharse a levantarla, la ve perderse tras el bajomesada y busca otra en el cajón.

Mientras se lava la cara por segunda vez y el microondas avisa que el agua está lista, pasa por la pieza y mira de nuevo hacia abajo. Son las nueve y diez, hoy no es un día para demorarse y llegar tarde, el jefe dijo que habría novedades. Cree que se trata de buenas noticias porque la mirada del tipo que lo mandonea todo el día tuvo algo raro, como fuera de lugar, al pronunciar *mañana tengo que hablar con vos, pibe*. Ese brillo no es normal para un

hombre que escamotea los ojos o los presta de mala gana.

Pero la zapatilla.

Traga de a sorbos el café mientras se aplasta el pelo frente al espejo del baño, no se trata de estar peinado sino mínimamente presentable. Es un lindo chico, tiene unos ojos expresivos color marrón oscuro, la nariz recta y la pera sobresaliente. Está afeitado, de eso no se olvida.

Con la taza en la mano se zambulle en la habitación dispuesto a encontrar la bendita zapatilla.

Deja la taza vacía en el piso y se tira, mira debajo de la cama y extiende su mano derecha. No se ve nada, literalmente. Está todo negro, negro tenebroso, negro extraño, como si en ese sector de la casa no existiera el concepto de luz.

Retira la mano rápidamente en un

gesto reflejo y se echa hacia atrás, aún en el piso.

Frunce el ceño y vuelve a mirar.

No sólo está negro azabache sino que hace frío. Debajo de la cama no existe la luz y hay al menos diez grados menos que en el resto del departamento.

Incrédulo, alarga nuevamente la mano derecha y comprueba la diferencia de temperatura, que ahora parece haber descendido más.

Ni rastros.

Hola grita por el hueco que se abre debajo de la cama como si entrara a una casa ajena, a una cueva prehistórica, un agujero negro.

Nadie contesta, no hay eco, la voz cae seca y se desintegra en miles de partículas volátiles y errantes en la oscuridad. Como si esa atmósfera destruyera el sonido, como si las ondas explota-

ran en un silencio terrible y perdieran la vida abruptamente.

Martín se acerca un poco más, asoma su cabeza y se mueve hasta dejar los hombros adentro de lo negro.

Tantea con ambas manos, se topa con una remera sucia que huele y siente entre sus dedos, no la puede ver. Se choca la cabeza con las maderas que sostienen el colchón.

Hola repite, pero esta vez el sonido ni siquiera sale por la garganta, es el gesto de la boca oscurecida y ridícula moviéndose hacia la nada. Aterrado por la mutilación de la voz, hace fuerza con su cuerpo para salirse del encierro. Apoya los codos, empuja y sin embargo el cuerpo no se mueve, como si estuviera clavado por un destino desconocido y maltratante de quedarse quieto.

Transpirado y con el corazón fuera

de órbita, Martín mueve los brazos desesperado y abre la boca con exageración como si así pudiera hacer funcionar la voz.

Luego se queda inmóvil, petrificado por el miedo y por la fuerza que no lo deja moverse.

Ahogado y entumecido, intenta sacudirse. Pero los dedos dejaron de responder a la orden del cerebro.

Son las diez menos cinco.

Suena el teléfono en un grito interminable.

Los vecinos están en sus trabajos, ocupados y estresados.

La taza sucia en el piso, los calzoncillos entre las sábanas.

Una cucaracha camina sobre la cucharita detrás del bajomesada.

Del otro lado de la cama, asoma la zapatilla.

LA ÚLTIMA

Las lombrices se movían todo el tiempo, se enroscaban, buscaban oscuridad. Cuando uno abría el pedazo de tierra y las encontraba, no había forma de que volvieran a sus túneles. Y ahí estaban, enloquecidas, metiendo cabeza y cola entre las cabezas y las colas de sus compañeras, aturdidas por el exceso de luz y de aire.

Nos gustaba observar el proceso, la agitación de los bichos alargados, la humedad cuando las agarrábamos, el enchastre del barro, la revolución de la masa, perdidas las lombrices en el desamparo.

Antes de que nos llamaran a comer, metíamos las manos en la tierra del patio grande, detrás de las plantas del fondo. Los bichos se nos mezclaban entre los dedos, mojados y pegajosos.

El Rulo era un sacado, gritaba cada vez que aparecía una y amagaba con chuparla, se la acercaba a los labios, estiraba la lengua con la boca abierta al tope y la lombriz se retorcía, un asco.

Pasábamos la siesta entre carcajadas hasta ese sábado en que llegó Lucila, la vecina nueva. Era muy flaca, tenía la risa nerviosa y usaba una remera verde agua enorme que le llegaba hasta las rodillas. Los ojos redondos y color miel, el pelo atado y la nariz chiquitita. No le agarrábamos la onda, de pronto se quedaba seria durante un rato y miraba un punto fijo, o peor, nos miraba a nosotros.

Cuando una mujer te mira fijo ya

no sabés dónde estás parado. Aunque tengas diez años.

Para disimular la incomodidad, le hacíamos caras graciosas o decíamos pavadas. Martín se burlaba, le decía "palo con pelo" o "ardilla", por cómo se reía. Un día Lucila lloró, pero no dejó de ir los sábados a casa, a eso de las dos y media de la tarde, cuando los grandes se iban a dormir.

Un sábado Martín se fue al carajo. Cuando estábamos en el fondo, detrás de las plantas y buscando lombrices, con un palito le levantó la pollera delante nuestro. Le vimos la bombacha blanca con cositos rosados. Se nos congeló la sangre.

Lucila no dijo nada. Lo miró así como miraba ella, empezó a transpirar, se puso toda roja.

El Rulo y yo no dijimos ni hicimos nada, nos quedamos quietos, aguan-

tándonos la risa y los nervios. Solamente se escuchaban las cotorras en el árbol de la casa de al lado. Parecía la escena de una película de suspenso o de una comedia, no sé.

Lucila se agachó, metió los dedos en la tierra a lo bestia y sacó un puñado de lombrices. Los bichos le latían en la palma de la mano, se movían rapidísimo, enredados, eran como veinte.

Así, colorada y transpirada, abrió la mandíbula en un agujero de odio y se metió el bollo completo de lombrices. Empezó a masticar y vimos, con los ojos muy abiertos y en silencio, cómo cortaba los bichos con los dientes.

Se tragó todo. Le quedó un poco de tierra en la cara, a los costados de la boca.

Después, muda, lo miró a Martín. Sus ojos apuntaron hacia él pero no lo veía. Martín se asustó y se puso a

llorar. El Rulo hizo una arcada. Yo salí corriendo con una explosión en el pecho y la sensación de los bichos en la lengua y la garganta.

Parado detrás de la puerta de la cocina, la espié por última vez.

EL TRISTE

A Héctor Ramón Cuenya.

Se pone los broches en la botamanga del pantalón marrón de gabardina, se sienta en la bici y enfila para Juan B. Justo desde Jara. Pedalea y pedalea con parsimonia, el pelo engominado con lord cheselin y una colonia barata, camisa blanca y bolsito colgado hacia un costado. Hay un poco de viento y el cielo se puso gris, como se pone siempre en Mar del Plata en agosto a las seis de la tarde. Pero el aire no le mueve ni un pelo, que está bien quietito en su lugar y además él

va lento pero seguro, sabe dónde quiere llegar.

Se va a encontrar con Vera, que lo espera con el mate y recién bañada, la blusita rosa y la falda negra, con radio nacional de fondo, justo a la hora en que pasan los tangos.

El Triste llega, le toca el timbre y Vera amplía una sonrisa espantosa de dientes torcidos y mal aliento, está tan contenta.

Tantea la puerta y lo mira con esos ojos blancos y vacíos –no es una metáfora, Vera no ve– y le regala esa bocota sonriente y desmesurada. El Triste la besa rapidito, le da un paquete de facturas y le dice *Cómo está la rubia más linda del barrio*. Y Vera *Ay Triste, tan galante vos*.

Se sienta cabizbajo, como siempre, y canturrea San Juan y Boedo antiguo, y todo el cielo… justo lo están pasando en la radio.

Se toman unos mates y cuando están lavados, el Triste le dice Vamos a pasear, rubia. Y van. Ella sale sin el bastón blanco porque va con él.

Toman Juan B. Justo para el lado del mar, ella le aprieta el brazo más por amor que por miedo a la calle y él le canta el tango más triste que conoce.

Cuando llegan a un bolichito oscuro y maloliente, el Triste se topa con el Negro y le dice *Acá tengo lo tuyo*. Entran, Vera cree que van a tomar un cafecito. Y además el Triste le entrega el paquetito con merca al Negro y recibe la plata, en una esquinita del bar, donde están los mismos de siempre: el Gordo, el Ñato, el Justiciero.

Están en eso cuando entran al lugar dos muchachos con pinta de quilomberos, y efectivamente, hacen quilombo. Le piden al mozo cerveza casi a los

gritos y putean a uno que según ellos, los mira mal.

El Triste se queda en el molde, mira para abajo, apaga el cigarrillo, se toma otro traguito del café. Vera lo agarra fuerte de la mano, él le dice Tranquila Vera. Y el Justiciero se levanta de la silla, despacito, es un tipo flaco, morochito, de pelo corto, bajo, con las orejas puntiagudas. Si alguien lo mira sin detalles parece un gnomo o un duende. Se levanta de la silla, empuña su 45 y pum pum. A la mierda. Los baja con un par de tiros y sale corriendo, en su moto. No tiene miedo el Justiciero, es buen pibe pero medio impulsivo.

Antes de que a Vera le dé un ataque de nervios, el Triste se la lleva flameando al viento, se suben en un taxi, Verita, mi percanta no se me asuste; peor es la sandía con vino.

Y la besa cortito y triste.

LA MOSCA

El frasco de mermelada de membrillo quedó abierto durante toda la mañana y la mosca se instaló en el borde de la tapa. Se paró sobre el dulce mientras limpiaba sus patas, eso creo, no sé exactamente qué significa ese frotamiento.

Se las limpió varias veces y después hizo un vuelo corto. Se paró en la abertura, sacó la trompa y le dio a la mermelada.

Bajó hasta la cucharita que estaba apoyada al lado y se quedó unos segundos.

Volvió a subir hasta el borde del frasco y se metió adentro. Me asomé, espié, desde arriba no veía la trompa pero sí las alas y el refriegue. No se trataba de un aleteo violento, tampoco suave, era mecánico, repetitivo, constante, sostenido y vacío: un trámite.

Continuó durante varios minutos. Yo la miraba fijo, me caía el pelo sobre los hombros, hacia los costados, amagaba con meterse en la mermelada.

Metí un dedo en el dulce y me lo llevé a la boca con placer. La lengua envolvió al dedo y me di cuenta de que estaba frente a la conjunción de dos goces: el de la sensación táctil de la piel de la lengua sobre la piel del dedo y el del sabor del membrillo. Pocas cosas hay en este mundo tan geniales como éstas, pensé.

Después me refregué los pies. El frío estaba fatal.

La mosca se despegó del frasco, dio tres o cuatro vueltas sobre mí, se paró en una de mis orejas, sacudí la cabeza automáticamente y voló hasta el borde de una silla. Y hasta el frasco, otra vez.

A través de la cortina entraba la luz opaca del invierno, el mate estaba lavado y yo seguía sin ponerme los zapatos. Se me volaron las horas, me quedé un rato más mirando el insecto, un maestro en el arte de insistir, volvió varias veces al recipiente abierto. Dejé el calefactor al máximo. Moví las manos sobre el calor ascendente. Acerqué la mermelada abierta, me tiré en el sillón envuelta en una frazada, metí el dedo por segunda vez, engullí el dulce, disfruté.

Me quedé en el sillón enfrascada en mis pensamientos, con el televisor en ISAT en una película sueca donde unos adolescentes inexpresivos exploraban

la sexualidad y las drogas. La escena era tediosa, los pibes se miraban con ojos perdidos, una de las chicas se reía desenfrenada bajo una música contemporánea poco agradable. Llegué a ver un poster del Che como decorado de la habitación de los suequitos mientras una gringa gorda y blanca como la nada lo espiaba desde una ventana.

La mosca volvió a volar, extendió sus alas mínimas con puerilidad y llevó su insignificante existencia hacia otro lado. No tenía nombre ni voz ni señas particulares, se iba a perder entre otras moscas o entre los objetos de la casa o en el aire de la calle o en los trabajos de las personas.

Dejé la mermelada en el piso, la taza de café al lado, las carpetas de trabajo en un costado de la mesa. Las llaves de casa, la agenda, el diario, un paquete de galletitas abierto. La puerta con lla-

ve, un sahumerio prendido. El celular en silencio.

Me zumbó una frase entre sueños, antes de dormirme.

Y cerré los ojos hasta el día siguiente.

A las siete sonó el despertador.

TERMINAL

Se me plantifican los pies en la dársena veinticinco, la fuerza de gravedad opera hoy de un modo increíblemente eficaz. No puedo moverme, no quiero moverme. Me quedo quieta y derecha como un poste mirando hacia adelante, hasta donde llego a ver tus ojos y tu boca sonriente detrás del vidrio.

Me hacés un gesto y me señalás como diciendo "tenés cara de culo". Yo no tengo cara de culo, o sí, pero mezclo alguna sonrisa. Tal vez lo que más te llama la atención es la firmeza y la

decisión de mi cuerpo sobre la dársena mientras te vas.

Una vieja fuma a mi lado y el humo se me viene encima; la gente amontonada siempre molesta, chicos, ruidos, el aire fresco, el vacío que se empieza a tragar las cabezas, la furia de lo concreto, la abrumadora necesidad del silencio.

La despedida es lenta pero porque te juro que no puedo sacar los pies de ahí, que además están juntos, pegados en la misma baldosa, lo cual hace que mis brazos también se peguen a los costados. Los ojos igual: estoy hecha un tronco de árbol, un axioma científico, un pilar sólido, pesado, plantado. Me desconozco.

Y entonces me hacés otro gesto que no logro decodificar y te hago otra cara y todas las cosas que no nos llegamos a entender terminan con un gesto de "hablamos por teléfono".

Después te terminás de ir, así, de una.

Y yo avanzo lento por el hall alargado mientras los ruidos se precipitan por las bocas improvisadas del cúmulo de desconocidos que me rodean. Caminé tantas veces por acá.

Afuera caen dos o tres gotas, ya no hace tanto frío. Los taxis revolotean tristemente, quedan algunas luces y señoras desgreñadas que caminan con bolsas de almacén, Luro todavía no se muere.

El mar se regodea a veinte o treinta cuadras, mezclado con el cielo de la noche y el agua de los razonamientos inútiles.

Camino por la vereda, estoy en otra dimensión, me quedó tu olor en la nariz, qué feliz, qué cursi.

Cuando llegue a casa te escribo alguna cosa.

EL DEDO EN LA LLAGA

Como si fuera poco, me pongo a leer a Rodolfo Kusch. Parece un chiste. Es como cuando uno se compra un Fiat 147 y empieza a ver Fiat 147 por todos lados, o cuando una se embaraza y de repente la calle se llena de embarazadas. Es un instante de duda: ¿recién lo veo, o mi situación multiplica las situaciones de los demás? ¿el mundo se conspiró a favor de la réplica? ¿o estaba ciega?

Lo cierto es que en un momento de pausa en el trabajo, me instalo en la cocina, ese lugar cálido y tranquilo

en especial hoy por la mañana y cerca de las fiestas de fin de año, ya no queda casi nadie acá. Las plantas del patio están enormes, el jazmín creció descomunalmente y perfuma. Afuera hace calor pero este lugar se conserva siempre fresco porque es una construcción antigua de techos más bien altos y paredes gruesas. Ya no las hacen más así. Hay un par de revistas de divulgación para entretenerse, pero yo abro mi Kusch ahora que tengo un rato para degustarlo.

Me preparo un mate y arranco con el primer capítulo. Este señor no tiene más que refregarme por la cara la distancia innominable entre el individuo y la ciudad. Entre la subjetividad y el número perdido en la masa. La desazón primaria que se huele cuando se toma un café en Buenos Aires, sentado solo, y pasa un transeúnte que uno

ve a través del ventanal, que es como uno y no lo es en absoluto. Secreta conexión y tremenda distancia.

¿Es que ahora todo el mundo habla y piensa sobre el desconcierto de existir? ¿es que los autores se pusieron de acuerdo para desarrollar esta idea taladrante acerca de los vacíos, las brechas, lo inefable de pisar este mundo?

¿Es que están conspirando porque no dejo de pensar en eso?

¿Es que ya nunca más voy a recuperar la estabilidad que creía que el mundo le daba a las personas? ¿o que el amor, o que la profesión, o que los hijos?

Afortunadamente se hace la hora de irme, antes de tener que regresar al trabajo. Y tengo un par de trámites que hacer en el medio, retirar las fotos del egreso de mi hijo, entregar un informe escrito, comprar agua destilada para el

auto, preparar la valija para el viaje de las fiestas de fin de año.

NICO & VALEN

I

Son las siete y media de la tarde, tengo un calor atroz. Estoy saliendo de la oficina y voy puteando por la calle, mufado porque anticipo el tránsito que se viene y aborrezco esta camisa y esta corbata y estos pantalones y estos zapatos. Y además es viernes. Y me pican las axilas y tengo la desagradable sospecha de que rexona me abandonó hace no menos de hora, hora y media.

Voy caminando por la vereda hasta la cochera, a cinco cuadras de la ofici-

na, y se me pegotean las medias de la mala onda, todo el mundo en el centro parece arder con el odio de los trabajos en enero, en el peor momento climático del año en Capital. Pero como mi casa está en Caballito tengo un trecho largo y no entiendo cómo todavía no me acostumbro al recorrido lento y tedioso de los viernes a esta hora. Bajo por Gaona, paso el Cid Campeador, y los semáforos se me cagan de risa en la cara. Es la ley de Murphy a la enésima potencia: nunca, pero nunca, agarro la onda verde. Siempre, pero siempre, me tocan los peores taxistas adelante y al costado, me hacen finito, me putean. A esta altura, pongo la música a todo lo que da y procuro no enterarme de lo que está pasando afuera. Para algo pago el seguro ése que bien caro me sale.

En el medio de este recorrido la ca-

beza se me instala en Jorge, el jefe de sección que me tiene realmente podrido y en el estúpido de Juan Carlos, uno de mis compañeros, un viejo frustrado que hace de esa oficina mediocre y oscura la razón de su maldita vida, y que no pierde oportunidad de cagarme cada vez que puede.

Imbuido en estos pensamientos del fin de la semana suena el celular.

Valentina. Hola, Hola amor, no te olvides de pasar por el almacén, No Valentina, no me olvido, Ah bueno ¿qué te pasa?, Nada Valentina, ¿Y por qué me hablás así entonces?, No te hablo de ningún modo gorda, Sí me hablás mal, No, ¡Sí!, Bueno está bien, perdoname, Ah claro, vos arreglás todo con un "perdoname", ¿no?, Bueno, no me perdones, Qué graciosito estás hoy.

Entonces utilizo el viejo truco de la mala señal y corto. Tengo unas milési-

mas de segundo antes de que ese aparato infernal vuelva a sonar.

Nicolás, Sí Valen, ¡¿Me cortaste?!, No gorda tengo mala señal, Dejá de decirme gorda, ya te dije que no me gusta, para qué me mato con esa dieta de mierda, Sí Valen, estás hermosa, Claro, me decís eso porque estás hinchado, No Valen, en serio, estás muy bien, ¿Y entonces por qué hace casi dos meses que no me tocás?, Gorda, No me digas gorda, Bueno Valen, ¿tenemos que hablar de esto ahora?, Para vos nunca nunca es momento de hablar Nicolás, Valen, estoy a quince minutos de casa, ya llego, No te olvides de pasar por el almacén Nicolás, No, no me olvido.

El tránsito está mortal, el colectivo frena de golpe y es un segundo en el que quiero estar en el Caribe, en Ushuaia, en Mendoza, en la casa de mis tíos, en cualquier lugar del planeta que

no sea éste. Miro a mi derecha mientras espero los siglos que tarda el semáforo en cambiar de color y allí están, amontonados en la cola del 106, pegoteados con sus sudores y entre ellos, apretujados, cargando maletines, mochilas, carteras, bolsas con comida. El primero de la fila es un señor pelado y acalorado, con un traje azul, está empapado y ni siquiera veo rabia en su cara. Tedio. Eso veo.

Al fin llego al almacén de la esquina de casa. Entro, Aurora me recibe con su bonita cara de pocas pulgas. Es una señora gorda, desgreñada, con uñas de dudosa limpieza y huele desde lejos a termidor. Lleva una especie de batón descolorido y una sonrisa espantosa. Mientras intento sobreponerme a semejante visión y articulo con voz quebrada “medio kilo de queso cremoso”, suena de nuevo el celular.

Nicolás, Estoy en el almacén, Bueno, ¿cuándo vamos a hablar de *eso*?, Gorda, ahora no, ¿Ahora no? ¿ahora no? ¿y cuándo sí?, En casa por favor, En casa vas a encontrar otra excusa y dejá de decirme gorda, Bueno gorda.

Y corto.

Cuando digo "Bueno gorda" justo, por esas tremendas casualidades de la vida, mis ojos quedan en los ojos pegajosos, vidriosos e inexpresivos de Aurora. Y me veo impulsado a aclararle "Le estaba hablando a mi esposa, Aurora, lo de gorda no era para usted".

Aurora enciende un destello inquietante, me devuelve su sonrisa espantosa con una suerte de gruñido y resuelvo quitar rápidamente mis ojos de los suyos, miro para abajo, ruego tener ese pedazo de queso entre mis dedos, me transpiran las manos, se me pegotea la camisa, me chorrea la frente y huyo del

almacén sin pedir la cerveza que iba a llevar para tener una hermosa picadita de viernes por la noche con mi dulce Valentina.

Llego al departamento, entro el auto en la cochera que milagrosamente está abierta y me ahorro el inconveniente de tener que hacer andar a los golpes el control remoto.

Subiendo al ascensor desde el subsuelo, siento que en el movimiento con el que cierro la puerta se atora la bolsita en la que llevo el queso, y se rompe. Y el queso se cae. Una parte sobre mis zapatos. La otra queda atrapada en la puerta que se acaba de cerrar. Es decir: tengo un cuarto de kilo de queso en mi pie izquierdo, derritiéndose y exudando un olor insoportable, y el otro cuarto cayéndose por el hueco del ascensor.

Y no llevo la cerveza.

Y Valentina va a estar furiosa.

Y estoy agotado.

Y no me puedo sacar a mi jefe de la cabeza.

Y me muero de calor y de sed.

Y mañana comemos con mi suegra.

Y el fin de semana recién empieza.

II

Son las once de la noche y Valen se encajó el piyama y se acostó, mira el noticiero de no sé qué canal, ya le veo los ojos a punto de cerrarse. Justo que tenía ganas.

La olfateo haciéndome el cachorro, le jugueteo en la oreja, me acerco con onda, la toco. Qué mal. Ni siquiera se digna a decirme Amor, estoy muy cansada hoy ¿no te enojás? o Nico mañana me levanto más temprano porque tengo que abrir el local, o Co-

razón me indispuse. No sé, cualquier cosa, algo.

Pero no, la tipa murmura por lo bajo algo así como Quiero dormir, acto seguido toma su libro de Robin Cook y lo lee descaradamente delante de mí.

No da para discutir, no, no da. Debería matarla a reproches ¡después me dice que el que no quiere coger soy yo! ¡quién la entiende!

Me levanto, me prendo un cigarrillo, me tomo un tristísimo vaso de seven up sin gas, me enchincho.

Vuelvo a la cama y me duermo como un chancho, ronco, entro en las aguas de un fantástico sueño.

Estoy en una cabaña en algún lugar del sur, hay un fuego en el hogar y sobre una alfombra de piel se contonea Jennifer López más redondeada y seductora que nunca. Hay olor a naranja quemada y llego a ver que el fuego sale

un poco de la órbita del hogar pero no nos quema. Hay olor a quemado pero no me duele nada. Jennifer me dice algo en inglés que no logro comprender y le contesto en el mismo idioma no sé qué cosa (es que no manejo el inglés).

Me acerco y compruebo que está completamente desnuda. Paso la mano sobre sus curvas, la cadera, la cintura, los pechos y en menos de un segundo estoy arriba de ella, pero todavía no pasa nada. Me canta esa canción de los Illia Kuriaki que dice "Jennifer López na na na naaa naaa, abrió la heladera na na na naaa naaa" y me quedo mirándola extasiado. El fuego sale un poco más, miro por la ventanita de la cabaña que a esta altura no es más una cabaña sino una especie de baño semipúblico, con estufa y alfombra en el piso. Veo pasar gente, lo veo por la

ventana, nos miran. “Gran Hermano” pienso, pero me dura un instante en la cabeza porque la Jennifer me mete una lengua enorme en la oreja. Y le meto mi lengua en la boca lo más adentro que puedo, qué se cree ésta que tiene una lengua más potente que la mía, está muy equivocada.

En eso estoy, en el ring, en la lucha por el poder de la lengua, cuando un dolor me asalta en el pecho y abro los ojos. Aurora (la señora que atiende el almacén de la esquina) me gruñe ferozmente en el cuerpo de Jenni, me refriega un pedazo de queso mantecoso por la cabeza y vacía una botella de cerveza en mis partes íntimas.

Qué espantoso. Despertarse con taquicardia, medio babeado y a punto de hacerme pis.

Valentina, que se fue a la cocina a fumar un pucho, asoma su cabeza

despeinada y sus ojos chiquitos y me pregunta qué me pasa, si estoy bien. Balbuceo como un boludo Sí amor, estaba soñando, ¿te desperté?

Y se acerca. Me mira un minuto. Como con pena.

Sonríe, apaga el cigarrillo. Me da un pico con sabor a queso, se tapa, se da vuelta y se duerme.

III

Ese flaco nuevo del fútbol no me gusta un carajo. Por empezar quedamos a las nueve y son nueve y cuarto, a las diez ya tenemos que dejar la cancha, si hubiera venido a horario hubiéramos jugado con número parejo los dos equipos desde el principio. Ahora por culpa de él nos metieron dos goles en esos quince minutos. Está bien que justo me tocó con el Negro y Ramiro

que son medio pataduras, pero estoy seguro de que si el flaco nuevo hubiera llegado a tiempo y completábamos los cinco, nos defendíamos mejor. Además se vino con esa vincha a lo Fernando Redondo y encima cómo corre el hijo de puta.

No, no me gusta una mierda. Se ve que se mata en el gimnasio, digo mientras me miro los brazos flacos y la buzarda que asoma un poco, me estira la remera. No, es que Valen me la lavó y se achicó un poco, nada más. Se achicó la remera y se me agrandó la panza. Eso porque no me cocina como debiera, ya sabe que me tengo que cuidar. No, no es porque el médico dijo, yo estuve leyendo unos artículos en internet y después de los treinta hay que cuidarse sí o sí. Ya sé, me gustan las papas fritas, la cerveza, las picaditas, ya sé. Pero bueno, la Gorda

me quiere dar el gusto y me lo prepara bastante seguido. Qué mal, qué mal, después me vengo a jugar al fútbol y la remera me aprieta. Siempre es culpa de ella, se ve que no lo puede evitar pobre, vocación de mandarse cagadas tiene.

Se debe matar en el gimnasio; qué espalda, boludo, qué espalda. Y tiene unos tubos que no se puede creer. Además corre que da calambre. Ay ay, me dio, me dio un calambre.

Paren chicos, paren un cacho, me acalambré. No te calentés Negro, esperá dame un minuto, ya se me pasa.

Y me estiro la pierna, ahí va, que sigan jugando un rato sin mí, yo me quedo un toque acá sentado.

Estoy chivando como un lagarto. Ni idea si los lagartos chivan, son fieros los lagartos y dan asco. Así estoy yo, chivado, con la remera ajustada y la

panza que se me sale, estirándome la pierna para no morirme acá mismo de un calambre agudo.

Es que el flaco nuevo me hizo correr al pedo y se me tensó el músculo mal. Porque se me adelantó por la derecha y esa pelota era mía, era mía. Mí-a. Este flaco debe estar acostumbrado a agarrarse para él lo que es de otro. No me lo banco.

Sigan jugando que me quedo un minuto más acá. Ché pibe, ¿me traés una coca?

Bueno, está helada, al menos me doy un gusto mientras los veo correr y patear y espero que me deje de doler.

Mirá el auto que tiene éste, sale como cien lucas ¿pero de qué vive ese tipo? Uy, me volqué la coca encima. La puta madre. Encima en la buzarda y chorrea. Qué cagada.

¡Ah, Valen, hola!, Hola Nico ¿qué ha-

cés sentado acá? ¿qué tenés ahí, coca?, Sí, Gorda, nada me acalambré, No me digas Gorda.

Termina la hora y los chicos se acercan a la mesa donde estoy con Valentina, se vienen a tomar algo y después cada uno a su casa. Son macanudos y amigos desde hace un tiempo, saludan a Valen y ella les sonríe bastante amable, aunque se le nota la cara de cansada y de odiada porque los sábados a esta hora estoy en el fútbol.

Pero, pero le veo los ojos, se los veo, cómo la conozco… se le van los ojos esos que hasta hace tres segundos estaban oscuros de ojeras, ¿por qué le están brillando? ¿está mirando al flaco nuevo? ¿ESTÁ MIRANDO AL FLACO NUEVO? Ah, no sólo lo mira sino que le habla. El flaco le está hablando, se está haciendo el canchero.

¿Qué hago? ¿lo surto? ¿me hago el

boludo? ¿le agarro la mano a Valentina y me la llevo corriendo? ¿me seco la transpiración, estiro la pierna, le doy un panzazo?

Me paro no más, intento meter bocado en la interesante charla que este hijo de puta logró establecer con mi mujer, que no puede dejar de mirarlo con esa cara de boluda y esa sonrisita seductora, me quiero matar.

Vamos Gorda, Sí amor, ya vamos, No, vamos YA, mirá la hora, ¿Qué tiene la hora?, Que estoy cansado.

Valen se para, se aleja unos centímetros de mí y me mira con asco, me señala la buzarda llena de coca cola chorreada en la remera que me ajusta, le regala una sonrisa más al tipo ése, dice chau con la mano a todos, camina al lado mío pero se cuida de no tocarme, mueve el culo y revolea el pelo que hoy lo tiene hermoso, de repente

se puso hermosa y no logro que me dé la mano mientras salimos de la cancha. Me doy vuelta un segundo antes de cruzar la puerta y el flaco nuevo la está mirando. Lo voy a surtir.

Pero no, no lo surto. Buscamos nuestro Fiat ciento cuarenta y siete modelo dos mil, nos subimos, resoplo por el calor y la calentura. La pierna me tiembla un poco todavía, me seco la transpiración con el trapo que llevamos en el auto que antes fue una franela, ahora no sé.

Antes de arrancar, Valentina linda como nunca antes, me mira sin mirarme. Bah, me mira la panza y me dice Nico, vamos a tener que cambiar tu talle de remera, ¿no?

IV

Mariela fue mi novia durante cuatro años, antes de que empezara a salir

con Valentina. Teníamos veintidós, la conocí en la facultad, me volvía loco. Fue la primera mujer de la que estuve enamorado.

Era pelirroja teñida, usaba el pelo corto y tenía unos piercings en las orejas que le quedaban mortales, flaca, chiquita, preciosa y copada, tenía una onda…

Al principio me pareció una chica un poco rara, no era mucho de mi estilo. Yo era más bien tradicional y medio nerd. Habíamos cursado Pensamiento Científico en el CBC y me impresionaba lo que sabía, cómo le discutía a los profesores y que salía ganando. Fa, decía yo, qué mujer.

Me daba un toque de miedo pero me encantaba.

Usaba unos jeans medio hechos pelota y unas mini remeras que dejaban ver el corpiño siempre, tenía un culo

formidable, se movía con seguridad y tenía una risa hiper contagiosa. Ah, me encantaba, me encantaba. Todavía no sé cómo me dio bola.

Hola Nico! qué hacés?, Hola Marie tanto tiempo! Qué hacés por acá?, Y trámites, igual que vos, Sí claro, jaja! (transpiro un poco, qué carajo), Cómo están tus cosas Nico?, Bien che, me casé el año pasado, sigo en la empresa pero me cambiaron de sección, vos?, Yo bárbara! Estoy laburando con Vero, te acordás? Ah, sí, Vero, sí (la tipa sigue usando mini remeras y le siguen quedando mortal), Nos pusimos un estudio juntas y estamos diseñando bastante, Qué bueno! Yo todavía no despego de la empresa, Ah… (silencio), Y tenés chicos Nico?, No, todavía no, todavía no Marie, vos?, Naaa…, Ah… (puta madre, estoy transpirando).

La cola en ANSES es infumable, no

me anduvo el trámite por internet y acá estoy, odio esto, todavía es verano y hace tremendo calor y es muy maligna la situación de cola de trámites con esta humedad y con esta mujer delante de mí.

Mariela saca un pucho, lo prende, sé de memoria sus movimientos sólo que me los había olvidado. Me ofrece, No che, dejé, Ah, mirá qué voluntad la tuya, y se ríe.

¿Parezco un boludo? ¿Se dio cuenta que me puse nervioso? ¿Me está chorreando la frente? ¿Me está mirando así? ¿Me está clavando esos ojos almendrados?

¿Y si le digo de tomar un café? Una coca, algo. ¿y si acepta? ¿y si me sigue mirando así? ¿y si le gusto un poco a pesar de todo? ¿y si le parto la boca? ¿y si le gusta? ¿y si nos vamos a un telo? ¿y si le encanta y quiere repetir? ¿y si

nos pasamos los teléfonos, los mails, los facebooks? ¿y si nos empezamos a ver una vez por semana? ¿dos, tres? ¿y si se enamora de mí de nuevo y es como arrancar de cero? ¿y si me empieza a presionar para que me separe y me vaya con ella? ¿y si le digo que sí?

Celular. Hola Valen, Hola amor ¿te falta mucho?, No sé, viene para largo esto, un par de horas más calculale, ¿UN PAR DE HORAS MÁS?, Y sí Gorda, No me digas Gorda.

Y mientras hablo con Valen, enojada de nuevo por la demora del trámite, enojada por todo todo el día, mientras me distraigo justificando mi demora y calculando el tiempo de un turno en el telo de acá a tres cuadras, explicándole de las fotocopias que me mandaron a hacer y que tuve que volver a la ventanilla y me miro la buzarda pegada a la camisa, Mariela se va.

Me tira un besito con la mano, me guiña un ojo, se me caga de risa.

Cierto. Cierto que me había dejado por otro.

V

Son las doce y veinte del mediodía, es domingo y estoy echado mirando TyC, en un rato empieza el clásico Boca-River y no quiero que nada ni nadie perturbe mi gran placer de la semana.

Las cosas que se escuchan de fondo en este edificio… De lunes a viernes los del quinto B no existen, no se oye nada, salvo los chicos con la niñera (alguna vez que estuve enfermo y no fui al trabajo los escuché de tarde) pero bien, jugaban. Ponían música detestable tipo Cris Morena y programas de tele adolescentes, pero la toleré. Algún

pelotazo cada tanto, mentiría si dijera que molestaban mucho.

Por lo demás, el resto de los días silencio. Pero los domingos, la puta che, qué quilombo. El padre les grita todo el tiempo, la pendejita más chica llora como una condenada, el mayor patea las puertas o no sé qué hace pero es un ruido muy molesto y la música al taco. Y cada tanto la señora llora o putea. Mejor es la semana, digo yo, no verse la cara y todos más tranquilos.

En eso estoy, disfrutando este momento de silencio porque los Campanelli deben haber salido a pasar su horrendo domingo en familia en algún pic nic en Palermo, o con suerte al Tigre. Y Valen está entrando ahora mismo, viene del supermercado.

Entra sin decir nada, con esa cara de culo que no se saca nunca salvo honrosas excepciones. No saluda, no saludo,

que no me desconcentre de la previa Boca-River.

Escucho que resopla, se le cae algo y se rompe, Qué pasó Valen? Nada, un plato.

Guarda las cosas en la heladera, ¿Te ayudo? Tarde, ya guardé todo.

Y la veo entrar a la pieza y se queda un rato ahí.

¿A qué hora es la cena hoy gordo? A las diez, ¿Van Sofía y Manu? Me parece que no, se iban a Olavarría, ¿¿No van?? No yo qué sé, creo que viajaban.

Puteada. Llorisqueo.

¿Qué pasa? Que no voy a conocer a nadie en esa cena y que no sé qué ponerme carajo, Ponete el vestidito negro, No, no, está viejo, siempre me pongo lo mismo y además no me queda bien ¡Pero si te queda re lindo! Me queda horrible.

En ese segundo, freno. Me callo la

boca. Bajo el volumen del tele. El tono de su voz no es el de siempre, está mal en serio. Algo pasa, no sé bien qué. No es el vestido, la cena, ni la cara de culo habitual. La oigo llorar. Qué hago, entro a la pieza, no entro. ¿Y si entro y me ladra? ¿Y si no entro y no me lo perdona? Tengo que actuar rápido. Y bueno, entro. Me asomo por la puerta, meto la cabeza, ¿Valen?

Y Valen, por primera vez, no me contesta. Llora no más, sentada en la cama arriba del despelote de ropa amontonada, me da la espalda, ya vi que prefiere ese lado de la cama para llorar.

Me acerco, me agacho a su altura, la tengo de frente y la abrazo. Insospechadamente no me putea, no me dice nada malo, me aprieta, me agarra como hace no sé cuánto no me abrazaba.

Le acaricio la cabeza, la acerco todo

lo que puedo a mi pecho, la escucho con los mocos y las lágrimas que no la dejan en paz, pobre gorda. Le alcanzo unos pañuelos que tengo en la mesita de luz donde puso la foto de la sobrinita y otra de la fiesta de año nuevo. Se suena los mocos. Le doy un beso en la mejilla, uno en la boca. Ella no abre los ojos ni dice nada.

Te quiero Valen.

Yo también.

ACERCA DE MÍ

Cuando era chica decía que quería ser psicóloga, escritora y música. Con suficiente agua bajo el puente, a los treintilargos, logré hacer las tres cosas a la vez.

Nací en Concepción del Uruguay, Entre Ríos, en 1974.

Escribo cuentos, poemas y todo lo que se me cruza por la cabeza; gané el Premio Soriano en Cuento en 2011 (certamen municipal de Mar del Plata), obtuve algunas menciones y publicaciones en revistas digitales de narrativa. Hago música todo lo que puedo

y ejerzo la psicología también, todo lo que puedo. Formo parte del proyecto Psicofango, en cuyo marco escribo y participo de la organización de fiestas literarias y publicaciones independientes en Mar del Plata y Ciudad de Buenos Aires.

Extraño el río Uruguay casi todos los días.

ARTE DE TAPA

Martín Guerrero

Fachada cubierta con membrana con aluminio.
Medidas variables. 2012.
Concurso Sitios Tangentes, San Miguel de Tucumán.

Buenos Aires, 1978. Vive y trabaja en dicha ciudad.

Cursó la Licenciatura en Artes Visuales (IUNA); actualmente se encuentra preparando su tesis.

Concurrió al taller de Patricio Larrambebere (2006-2010) y realizó el seminario de Arte Contemporáneo, Contexto y Análisis de Obra a cargo de Gabriel Baggio.

Se desempeñó como ayudante de cátedra en Lenguaje Visual (IUNA, 2006-2010).

Exposiciones colectivas (selección)

2013 *Luz negra.* Curada por Gabriel Valansi. PAC-Gachi Prieto Gallery (Buenos Aires).

2012 *Excursionistas.* Museo de Ciencia Naturales "Carlos Ameghino" (Mercedes, provincia de Buenos Aires).

2012 *Paisajes fabriles*. Curada por Rodrigo Alonso. Pasaje 17.

2011 *Continuum*. ArteClub.

2011 *Itinerario contemporáneos.* Programa de becas del FNA-ECuNHi, 2009/2011. Embajada Argentina en París.

2011 *¡Lo real, lo real, lo real!* Curadora

Noëlle Lieber. Fondo Nacional de las Artes.

2011 *INSITU. Contrapuntos del arte actual*. Curador Rodrigo Alonso. CCEBA.

2010 *ALCO SRL*. ArteClub.

2010 *La educación de las plantas*. FM La Tribu. En colaboración con los artistas Ezequiel Semo y Esteban Cornacchia. Curadores Karina Granieri y Agustín Blanco.

2010 *Beca ECuNHi–FNA 2009*. FNA.

2010 *Beca ECuNHi–FNA 2009*. ECuNHi.

2008 *Paraíso Industrial.* Fundación Apolo.

Distinciones

2013 *Fondo Metropolitano de la Cultura, las Artes y las Ciencias*. Línea Creadores - Artes Visuales.

2012 *Concurso Sitios Tangentes*. Inter-

venciones en espacios públicos. San Miguel de Tucumán.

2012 *Salón Nacional-Nuevos soportes e instalaciones*. Palais de Glace (Buenos Aires).

2012 *PAC* (Prácticas Artísticas Contemporáneas). Equipo docente: Rodrigo Alonso, Carlos Herrera, Gabriel Valansi, Eduardo Estupia y Andrés Waissman. Gachi Prieto Gallery.

2009 *Beca ECuNHi–FNA 2009*. Coordinadores: Pablo De Monte, Andrés Labaké y Marcelo Pelissier. Seminarios teóricos a cargo de Ana Maria Battistozzi, Rafael Cippolini y Jorge Sepúlveda.

2008 *Premio Hotel Panamericano Site Specific*. Ciudad de Bariloche.

Entrevistas / notas

2009 "Dislocación en cadena", *Revista*

virtual Wokitoki (Rosario). Disponible en línea: <www.wokitoki.org/wk/170/martin-guerrero-dislocacion-en-cadena>.

Contacto

mar_guerrero78@yahoo.com.ar

La **Exposición de la actual narrativa rioplatense** fue, entre 2013 y 2014, una colección de libros de bolsillo, coeditada por El 8vo. loco ediciones, Milena Caserola y Alto Pogo. Proyecto libre y autogestivo, llegó a sumar cuarenta títulos originales que circularon de mano en mano y de boca en boca, sin isbn ni institucionalización alguna.

A partir de 2016, sus títulos vuelven al ruedo, de la mano de El 8vo. loco, sello abocado a salvaguardar el espíritu del proyecto original.

Todos los títulos de la **Expo** pueden ser leídos y descargados de manera gratuita de la *web* de la editorial.

CAROLINA BUGNONE

HASTA LAS SEIS HAY TIEMPO

Antes de que nos llamaran a comer, metíamos las manos en la tierra del patio grande, detrás de las plantas del fondo. Los bichos se nos mezclaban entre los dedos, mojados y pegajosos. El Rulo era un sacado, gritaba cada vez que aparecía una y amagaba con chuparla, se la acercaba a los labios, estiraba la lengua con la boca abierta al tope y la lombriz se retorcía, un asco. Pasábamos la siesta entre carcajadas hasta ese sábado en que llegó Lucila, la vecina nueva.

Arte de tapa: Martín Guerrero, "Fachada [...]" (2012)

WWW.EL8VOLOCO.COM.AR

EL 8vo. LOCO